

TONY BÁEZ MILÁN

w r i t e r • f i l m m a k e r

El jíbaro*: cibernético y nuclear

por

Tony Báez Milán

Tendido en la gran mesa de metal, desnudo, corroído, pudriéndose, yacía el jíbaro. Había sido de Lajas o de Ciales, no lo sabían a ciencia cierta los científicos de la compañía. Tenía las credenciales preferidas, todo en orden: que era del campo y que conocía muy bien el trabajo. Y que estaba más que medio muerto.

Lo habían ido a recoger por alguna carretera, como le pasaba a tantos. Sin preguntas. Sin papeleo. Si a los tres días no lo reclamaba nadie, el jíbaro, su cuerpo inservible, le pertenecía a la compañía.

Le hicieron los exámenes de rigor, todo en orden: que las principales extremidades estuvieran aún conectadas al cuerpo, que pudiera aguantar el proceso; de otra manera, no se molestaban—iban y lo tiraban de nuevo a la carretera.

*Puerto Rico. Perteneciente o relativo al campesino de ascendencia española, generalmente en las regiones montañosas de la Isla.

Si las cosas estaban en orden, proseguían. Era lo que habían hecho con él.

En la mesa yacía sin moverse, hasta que por el dedo índice de la mano derecha le espetaron la energía que le corrió por todo el cuerpo como un huracán, que finalmente le llegó al cerebro a abrirle los ojos.

Su visión era clara de inmediato, los ojos enfocados de antemano. Con sus nuevos ojos-binoculares (sin mover la cabeza porque lo tenían bien amarrado, por su propio bien) miró a su alrededor compulsivamente y vio sobre él una forma humana con la cara cubierta con una mascarilla, como de cirujano (aunque nunca había visto uno en persona porque los doctores eran sólo para la gente rica); la boca se movía tras la mascarilla, pero él no escuchaba nada. Vio que el supuesto doctor, que en realidad era un técnico de la compañía, le hacía señas a otra persona, también con mascarilla, de pie frente a una gran máquina que cubría toda la pared. Cientos de botones y lucecitas; números que subían y que bajaban.

El técnico que él se imaginaba que era otro doctor le dio vuelta a un botón. En seguida él escuchó los sonidos que lo rodeaban—unos latidos como si fueran de corazón. ¿Serían los suyos? Unas campanitas que hacían una música placentera para sus nuevos oídos. Un zumbido que no sabía

de dónde provenía porque todavía no le habían ajustado los auriculares. Pero oía bien, y escuchaba ahora claramente la voz del supuesto doctor sobre él; una voz extraña, con una rareza en el tono:

“Unou, dos, tres, amigou”. El primer técnico se volvió y le dijo al otro, “*This one may not know how to count*”.

“*Leave him alone*”, le dijo el otro técnico desde la máquina. “Usted sólo haga su trabajo”.

La sonrisa escondida tras la mascarilla, el primer técnico siguió con los exámenes iniciales, murmurando en voz bajísima, “*No sense of humor in this fucking island*”.

El jíbaro tendido en la mesa lo oyó muy claramente. No le entendió ni jota, pero por lo menos supo la procedencia del supuesto doctor. Pensó por eso que estaba en buenas manos.

El técnico contó de nuevo, “Unou, dos, tres”.

Él parpadeaba sin cesar, que le molestaban los ojos.

“¿Me ouye?” le preguntó el técnico. “Eso se le quita con un poquitou de tiempo. Unou, dos, tres, ¿me ouye?”

Quería decir que sí; esforzaba la garganta y movía los labios pero la voz no le salía. Nunca más volvería a hablar. Se habían encargado de eso.

“Si me escucha, levante los dedos”, le dijeron, pero como a manera de orden. Tuvo la vaga idea de que aquel doctor se comportaba como si fuera capataz. Levantó los dedos.

“*He’s ready for phase five*”, pronunció el técnico, mirando hacia arriba.

Él le siguió la vista y vio una gran ventana y unas figuras detrás del vidrio, gente que debía ser importante porque todos estaban engabanados. Parecía gente alegre. Sintió una cosa por dentro que era como la gratitud, que aquí lo tenían a él en uno de sus hospitales cuando su propio gobierno nunca se ocupó de él, que aquí lo ayudaban, que qué haría después para agradecerlo, que a él le habían enseñado a ser siempre agradecido. No se dio cuenta de que no se acordaba de quién había aprendido a ser agradecido. Por más que tratara, nunca se acordaría. Se habían encargado de eso.

“Next!” anunció el técnico, y la mesa sobre la cual yacía el supuesto paciente comenzó a moverse. Vio que se alejaba del supuesto doctor. Trató de sonreír pero se le hizo imposible. Miró a su alrededor, que le despertaba ya la curiosidad según le regresaba la lucidez, viendo muchas más máquinas y tantos más botones, y lucecitas multicolores, y números que subían y que bajaban, y otras

cosas que habían de ser en chino porque no había cómo entender lo que veía. Le pasó por el lado otra mesa y alcanzó a ver que sobre ella había otro hombre, trigueño, desnudo y calvo (rapado). Justo fuera del extraño cuarto aquel, en el supuesto hospital, lo dejaron un rato. Hasta llegó a oír al supuesto doctor, que contaba:

“Unou, dos, tres”.

Dormía mucho y lo alimentaban a fuerza de sueros. Muy de vez en cuando venían enfermeras y enfermeros a verlo, pero no le hablaban sino para que hiciera esto o aquello, para que diera muestra de aquello o de lo otro. Recobraba sus facultades, se sentía en control de ellas. Se sentía más fuerte.

Lo habían desamarrado y le permitían sentarse al borde de la cama. Había tardado en finalmente pararse y caminar por el cuarto como seguían ordenádoselo. De vez en cuando venían a darle una comida muy rara, una compota, a veces un puré multicolor, que siempre parecía lo mismo pero que sabía a diferentes cosas, a cosas que él conocía—arroz, habichuelas, carne. A pesar de que no entendía por qué era un puré y por qué sabía así, pensaba que nunca había comido tan bien. Era sólo una vaga idea dentro de su cabeza

porque muchas cosas se le habían olvidado y no sabía nada con certeza. Con el tiempo, al terminar de recobrar el cabello (porque también lo habían rapado y nunca se dio cuenta), ya casi todas las cosas que sabía, que conocía antes de llegar a este supuesto hospital, se le habían olvidado.

Vinieron dos enfermeras y le dijeron que se pusiera una ropa que le trajeron. Él se la puso; era como un mameluco, bastante ajustado; un uniforme.

Esto me queda pegao, pensó, y quiso decírselo pero recordó que no podía hablar, que le habían ya explicado muchas veces que fue que no pudieron salvarle las cuerdas vocales, que lo sentían mucho, que no podían hacer nada más al respecto.

Lo guiaron fuera del cuarto. Se sentía muy bien caminando por el pasillo. Era un lugar enorme. Dos o tres veces en la vida había entrado a un hospital, pero esto era otra cosa. Al pasar por alguna puerta abierta, miraba y veía la misma cosa—gente como él, mayormente hombres pero había visto mujeres, con la cabeza rapada o el pelo crecido a medias. Mientras caminaba por el laberíntico pasillo a veces escuchaba unos gritos lejanos, y unos enfermeros grandotes pasaban corriendo mientras las voces lejanas seguían a grito limpio.

“¡Aay! ¡Aaayy, por favor!” seguía la gritería, los enfermeros grandulones por el pasillo a las millas.

“¡Bendito!” escuchaba él en la lejanía.

“¡Bendiiiitoooo!”

Se tardó como tres días en finalmente llegar a donde lo llevaban las enfermeras. Habían hecho varias paradas, en unos cuartos grandes donde le tomaron el pulso, etc. Lo medían de pies a cabeza una y otra vez, le decían que hiciera la papa para también medirle el robusto bícep (del que él estaba impresionado). En unos cuartos pequeños le daban, aunque él no los quisiera y el cuerpo le pidiera café puya, unos grandes vasos de un líquido claro; trataban de hacerle creer que era agua, pero él sabía que tenía que ser embuste porque aquello tenía a veces un sabor como a limón y otras veces como a orín. Venían a verlo unos técnicos, que él aún pensaba que eran doctores en medicina. Hacía lo que le pidieran porque esta gente lo había salvado.

Poco a poco, por aquellos pasillos blancos y antisépticos que parecían interminables, finalmente llegó a su próxima fase.

Era un lugar que no parecía que fuera dentro de aquel hospital, por lo grande que era. Él no sabía que estaba cientos de metros bajo tierra. Aunque sin gradas, era como un gran estadio: había una pista de cuatrocientos metros que le daba la vuelta al lugar, con diez carriles de distintos colores; reconoció el color de su uniforme, un azul bajito, del que también estaba pintado uno de los carriles. Lo rodeaban unas grandes paredes blancas, y del techo que era muy alto guindaban unos enormes focos de los cuales irradiaba una luz pura y brillantísima, pero que no daba calor. En el centro del lugar había muchas máquinas, de ejercicios simples, de ejercicios complicados, pesas, trotadoras; había también una gran piscina rectangular, el agua tan quieta que parecía una plancha metálica.

Alguien le dijo que se sentara y él lo hizo, en una fría silla aséptica de brillante metal. Un señor de cara llena con una sonrisa amplia, con unos dedos que le parecieron guineos niños, le midió el calzado con un aparato. Quería darle los buenos días o las buenas tardes o las buenas noches, pero no sabía qué hora era. Había perdido la noción del tiempo; mas se acordó del no poder hablar.

“¿Sabe para lo que está aquí?” le preguntó el señor con su amplia sonrisa.

“No”, dijo el jíbaro con los labios, la mente.

“Es para afinarlo. ¿Ve a aquél? Mírelo como va”.

Por primera vez se percató de que había alguien corriendo por la pista. Iba a una gran velocidad. Se quedó mirándolo porque no lo podía creer, que alguien corriera así de rápido, dando unos trancos seguros y alarmantes, como si fuera un caballo, o un avestruz.

El señor, que ahora le ponía unos zapatos especiales, muy relucientes, le dijo mientras se los ajustaba, “Nah, si ahí donde usted lo ve, yo creo que usted va a ser más rápido todavía. Mucho más veloz”. Al pasar el otro como bolido, el señor le dio unas palmaditas a él en el hombro y le dijo que se preparara.

“Se pasan diciéndome que haga esto o aquello primero, pero a mí lo que me gusta es verlos correr. Métase en el carril azul cuando pase aquél de nuevo, y tenga cuidado de no chocar. Al parar, pare poco a poco. A veces se tarda hasta dos vueltas en frenar. No se preocupe, esto es sólo para asegurarnos de que todo haya salido bien. Después le bajamos la fuerza. Entre otras cosas, para que no se desboque”.

El señor le dio una palmadita en el hombro con una sonrisa maliciosa en los labios, pero el jíbaro, aunque lo hubiera visto riéndose así, no hubiera sabido por qué.

El otro pasó y él se echó a correr. Para su entera sorpresa y susto, muy rápidamente lo alcanzó, lo rebasó. Siguió corriendo por bastante tiempo, sin sudar casi, hasta que por altoparlante le dijeron que desistiera, que estaba bueno.

Estuvo allí un par de días más. Usó la mayoría de las máquinas. Levantaba unas pesas enormes con ambas piernas, luego el mismo peso con una sola; le decían que hiciera lo mismo con una máquina sin pesas, pequeña y con poleas.

Le hicieron unos exámenes en el brazo derecho. Descubrió con asombro que también en él tenía una fuerza espectacular. Y con los oídos oía más lejos, y con los ojos veía más lejos, y le hicieron muchísimas más pruebas y él las pasaba todas, y le decían que era un modelo ejemplar, y él no se daba cuenta de que se referían a él como "modelo".

Una vez, ya muy acostumbrado a las cosas nuevas que hacía, gracias a la tecnología de este hospital, vino a verlo un grupo de señores y señoras muy bien vestidos.

Lo miraban de arriba abajo y anotaban ciertas cosas y cotejaban otras, él parado quietecito frente a ellos en su uniforme, su entrenador junto a él, muy orgulloso.

Los escuchaba hablar, que si "*with flying colors*", que si "es un modelo casi perfecto", que estaba listo.

Pronto, sin mucha fanfarria, pensó que le daban de alta. Le pusieron un nuevo uniforme, rojo vivo, con algo escrito en inglés en la espalda, y unas siglas, y un número.

SUGAR CANE UNLIMITED CORP.

p.u. - n.c. (que nadie sino los de rango mayor en la compañía sabía que quería decir "*picked up, not claimed*")

3485-72

Lo pusieron en una fila, hombres y mujeres, que lucían el mismo uniforme. Se abrió una gran puerta de hierro...

Uno a uno salieron a la luz del candente día los jíbaros, hombres que ahora eran más que hombres, mujeres que ahora eran más que mujeres.

Sintió el sol encima, pero sin molestia alguna. Se alegró de verlo, que no había visto su sol caribeño en... no sabía, ni nunca sabría, cuánto tiempo.

Estaba contento de salir al fin, de sentirse tan bien. Había un portón por el que aún tenía que pasar. Se preguntaba si lo estaría esperando alguien afuera, aunque no se acordaba de quién pudiera estar esperándolo.

Veía que había un hombre afuera saludando a los que salían, y que les entregaba algo. El hombre, alto y serio y muy blanco, sudando a cántaros, muy bien vestido con gabán que estaba, ignorando el trópico, le dio la mano.

Entonces, ceremoniosamente, le puso en ella un machete. El hombre le comunicó, con una seña que no le pareció amigable, que siguiera adelante.

Pasó por el portón. Ya estaba afuera. Junto a un camión, en el que ya estaban montados y bien acomodados otros, había un hombre muy grande y como incoloro; al igual que ellos, tampoco parecía sudar mucho bajo aquel sol. Reconoció en el costado del camión las mismas palabras que tenían ellos impresas en el uniforme.

El hombre grande aquel le ordenó que avanzara a treparse en el camión y que se acomodara. Hizo caso y se montó. Al poco rato ya estaban todos allí, con machetes en mano.

El chofer anunció:

“¡Capataz, que nos vamos!”

El hombre incoloro, que era el capataz, dio un brinco que pareció imposible para un hombre de su tamaño y cayó parado en la tumba del camión. Allí frente a sus trabajadores se quedó, como erigido, como estatua, todo el viaje.

Y durante el viaje, que no fue muy largo, que no fue muy corto, el jíbaro veía, a ambos lados de la carretera, por todo el llano y monte arriba y monte abajo, el cañaveral que se extendía como sin fin. Y que en la

lejanía se divisaban humos de fuegos enardecidos y muy vivos, y que el olor agrídulce del aire le era muy familiar pero que él no recordaba. Había una cierta familiaridad en todo esto pero él no sabía, él no sabía...

Miraba hacia la lejanía. Por doquier el humo de los fuegos. El humo lo invadía todo. El día, tan brillante hacía sólo unos instantes, se ennegrecía.

Una zafra tan extraña así, que quería traerle memorias pero que las memorias ya no las tenía, que se habían encargado de eso.

Y él que tenía dentro de sí, instalados por todo el cuerpo, unos poderes que podría usar para cualquier cosa: para pelear, para desquitarse, para huir. Pero le habían disminuido la fuerza hasta el nivel preciso...

Entonces los vio. Los vio a uno y otro lado de la carretera, por todo el cañaveral cremoso, oloroso y pestilente. Subían los machetes y los dejaban caer una y otra vez una y otra vez una y otra vez sin cesar y sin descanso y sin tregua, bajo el sol y bajo las sombras ominosas del humo de los fuegos, en el cañaveral más grande que jamás había visto él, que jamás había visto nadie:

Los jíbaros nucleares. Que picaban la caña por doquier con ahínco jamás visto, con incansables e

imparables machetazos—machetes diseñados para nunca jamás ponerse botos.

Miraba el suyo, lo miraba...

Y el cañaveral que parecía infinito, que seguía por el llano por allá, por los montes por allá.

Los jíbaros cibernéticos nucleares incansables imparables a machetazo limpio, a machetazo limpio, ¡A MACHETAZO LIMPIO!, con una rapidez inverosímil, constante, que distorsionaba las líneas de los brazos y convertía a brazo y machete en un borrón, que salía la caña de lado a lado, que la lanzaban hábilmente, sobrehumanamente, a unos gigantescos camiones, que se iba uno lleno y ya había otro esperando, y que lo llenaban en seguida, aquellos jíbaros engendrados. Trabajadores superdotados, que no le daban tregua a la caña. Habría trapiches más allá, más allá, girando a velocidades extremas, sacando aquel jugo a cántaros, incesantemente.

El camión donde iba él hizo un viraje y dio un bajón; apuntó hacia el corazón de la zafra desquiciada aquella; se adentró en el claroscuro y siniestro cañaveral.

Con el capataz parado grotescamente frente a él, el jíbaro, empuñando bien su machete y con ganas de entrarle a la caña porque le habían hecho algo para que se sintiera así, se preguntó confundido dónde estaría. Conocía y no

reconocía el lugar. Trataba de recordar y no se acordaba.

Llevaba una energía por dentro que le duraría la eternidad.

Entraba, con machete nuevo y con todas las tristes ansias del mundo, de nuevo a su infierno...